

cidas las dificultades podía aspirar á más alta fama artística, concibió un proyecto por cierto singular, al cual se dedicó con todo el ardor de su alma. Dióse á la lectura de nobiliarios, y cobró tal afición á las embrolladas genealogías de las más ilustres casas, que indagando su origen y causas de su esplendor escribió tres tomos, perdiendo en su redacción el tiempo que debiera consagrar al estudio y á la ejecución del arte cuya profesión con tanta honra ejercía. Falleció en 1761 en la villa de Berga, que creemos adornó con sus últimas obras.

Éste fué el que cerró la obra de la catedral gerundense con tanto trabajo y lentitud continuada. Así por una extraña coincidencia sufrió aquel noble edificio tantas vicisitudes, que apenas las ofrecerá en mayor número, guardando empero la debida proporción, la fábrica más suntuosa y acabada. Apenas echados sus cimientos, cuando debiera ser mayor la actividad y cuidado del arquitecto, un continuo cambio de maestros paraliza los trabajos, y lo expone á las modificaciones ó añadiduras que pudiera sugerirles su capricho. De repente cesa el plan de tres naves, la discordia interrumpe la prosecución del nuevo proyecto, y quien sabe si admiraríamos ahora la obra de *Boffiy* si un obispo celoso del esplendor de su iglesia no hubiese vencido todos los obstáculos con su imparcialidad y sabiduría. La votación, puede decirse la casualidad, decide de su forma, y para que nada faltase á su agitada historia, cae al concluirse en manos de un artífice moderno, que cubre, si así se nos permite expresarnos, con un sombrero tricorne la noble estatua gótica.—Pero, en obsequio de la verdad, no podemos pasar en silencio una breve reflexión nacida de estos mismos hechos, y cuyas consecuencias nos abstendremos de desarrollar por ahora. En medio de la continua mudanza de arquitectos durante los principios de aquella fábrica, lejos de menoscabarse creció en belleza y elegancia, aumentando estas calidades los artífices góticos que sucedieron al que dió la primera traza. *Boffiy* abandona el plan de tres naves, y lo hace brillar al fondo de una sola: en la votación *Juan*

de Guinguamps da la idea de las tres rosas que se abren al extremo de ésta sobre los arcos de las tres del remate, formando como un frontis de otro santuario dentro del santuario mismo; y *Berenguer Cervidá* empieza la magnífica puerta de los Apóstoles (a). ¿Puede esto afirmarse del arquitecto, cuya memoria honramos y respetamos, que construyó en el siglo pasado la última parte de aquel edificio?—Una revolución ha trastornado el suelo español; las viejas ideas han hecho lugar á las nuevas, pero con choque tan violento, que ni aquéllas fueron de todos bastante conocidas para desechadas, ni éstas bastante examinadas para abrazadas con tanto empeño. Una superficialidad francesa ha sido el resultado de estos vaivenes; la animosidad entre las escuelas antigua y moderna ha estallado con furor; los ánimos están prontos á irritarse á la menor oposición á sus principios, y sin embargo de todos los principios se duda, mientras cada día pululan nuevos sistemas y nuevas teorías. No seremos nosotros los que en esta anarquía moral nos atrevamos á desenvolver las consecuencias de una cuestión que así provocaría los irritados clamores de un bando como las inoportunas burlas de otro; cálmese esta efervescencia, fíjense los principios de las escuelas, señálense los límites de las reglas y los de la filosofía, y entonces quizás otra pluma tratará tan delicado asunto con el tino y profundidad que requiere, y de que confesamos estar desposeídos (b) (c).

San Félix

Si es cierto que las cúpulas y levantados chapiteles dan á cualquiera población un aspecto pintoresco; el de Gerona, que

(a) Véase la nota b de la pág. 107.

(b) Recuérdese la época en que esto se escribía.

(c) Las bellezas de la Catedral gerundense han sido también objeto de estudio por parte de autores extranjeros; entre ellos el inglés STREET en la obra *Some accounts of gothic architecture in Spain, 1865*; y el húngaro SCHLUCZ FERENCZ en los *Monuments d'architecture inédits, premier fascicule: Gerona. Ouvrage accompagné de trois planches et de trente quatre gravures.*

de suyo lo es, recibe no poca gracia del campanario de la insignie colegiata de San Félix. Bello, airoso y atrevido descuella sobre toda la ciudad, por encima de la cual levanta altísima su frente que ciñe poética corona de niebla. Orgullosa con su belleza y majestad, plácese en hacerse gozar por todos los aspectos y en formar parte de cuantos puntos de vista ofrece Gerona. No hay calle desde donde no se distinga su cúspide, no hay pendiente por honda que sea donde no penetren, si así puede decirse, sus miradas; como un rey vela por la ciudad á que domina, y en vano intentárase evitar su presencia. Y sin embargo ¡cuán poético siempre, cuán sublime y armonioso! Ora se contemple desde el elevado atrio de la catedral, cuyo frontis aparece como encogido y avergonzado delante del elegante remate de aquel gigante con quien al parecer nos abocamos desde tan considerable altura, y en cuyo torno desparrámanse centenares de habitaciones que con su pequeñez aumentan las proporciones de aquél; ora nos coloquemos al pié de la empinada y estrecha calle que conduce á la puerta lateral de mediodía de San Félix, osando apenas alzar los ojos que al punto dan con aquella mole que los aterra; ora se mire desde el cauce mismo del río Oñar donde éste separa el barrio del Mercadal de la ciudad, ó ya salgamos á gozar de su vista fuera de las murallas por la parte de la dehesa, siempre aparece agudo y bello, deleitando la imaginación y elevando el alma con su aislamiento en medio de los aires.

Edificado sobre una prominencia de la colina en que está fundada la mayor parte de la ciudad, lánzase en tres cuerpos á una altura que, siendo ya por sí considerable, aumentase al parecer según el punto de donde se observa (a). Los lisos y espesos muros del primer cuerpo nada contienen que deba atraer las miradas del artista; sin embargo, dignas son de notarse su sólida esbeltez y la proporción que aquella masa compacta guarda con lo restante de la obra, que bien necesita apoyarse sobre

(a) Véase la *Vista de Gerona*.

cuerpo semejante para que no infunda quizás temor su ligereza y osadía. Pero en el segundo, algo más estrecho y circuido de graciosos estribos, ábrense notables ventanas, cuyas labores no son por cierto indignas del siglo XIV en que se construyeron. Sigue el tercer cuerpo, cuya anchura también va en disminución y cuyo ventanaje se conforma perfectamente al gusto del ya mencionado; pero es de ver la gracia con que arrancan los estribos, pasando más allá de la cornisa de la obra á cuyo sustento están destinados y remontándose en delgadísimas agujas: bella disposición, que convierte en adorno lo que se erigió para apoyo, y hace que la fábrica cobre su no menor curiosidad y gallardía de lo mismo que al parecer debiera hacerla pesada. Remata el todo en un chapitel gracioso y esbelto, cuya altura será poco más ó menos la de los últimos cuerpos reunidos. ¿Por qué las cúpulas encierran en sí ese sentimiento de inspiración, de elevación á un mundo mejor, y derraman en el alma bienhechor rocío de ilusiones y esperanzas? Misteriosa sensación es ésta, que así alcanza al hombre religioso como al que nunca pisó los transparentes umbrales de la oración, así al entusiasta como al mezquino positivista. Cuando tristemente contemplamos de lejos la uniforme línea de una ciudad populosa llena de bullicio y animada con el tráfico del día; si en medio se lanza á los aires airoso chapitel de aflagranadas labores ¡cómo se ensancha el corazón y se extasía la mente y se ceban con placer los ojos en la consideración de sus partes! Aquella pobre torre es lo único que se atreve á ser espíritu entre tanta *materia*, y perdiéndose su cabeza piramidal en un océano de azulados y luminosos vapores, diríase que no han espirado sus líneas, sino que imperceptiblemente siguen hasta esconderse en las nubes, formando así un vínculo entre la tierra y el cielo,—camino seguro de la oración que va haciéndose más imperceptible y pura á medida que avanza en los espacios, mística plegaria que sobrepaja los alaridos de la orgía.

El arquitecto dejó perfecto y acabado el remate piramidal

del campanario de San Félix á últimos del siglo XIV, las nieblas y los nublados jugaron con él durante todo el XV y parte del siguiente; pero á fines de éste perdió aquella alta cúspide que erguía orgullosa en medio de las agujas de los estribos. Su vecindad con las tempestades fué su ruina, y á 9 de Enero de 1581 un rayo abatió su altivez, desmochándola algunos palmos (1). Así quedó truncada en su extremidad, y viendo el cabildo cuán poco era lo que faltaba, mandó acertadamente igualar y anivelar lo roto, coronándolo con una especie de cornisa con que desde entonces termina.

Al lado de la torre vese modesta la fachada, que llega casi hasta la mitad del segundo cuerpo de aquella. Es obra moderna del siglo XVII, y su portada consta de dos cuerpos con cuatro columnas cada uno y algunos nichos sin estatuas. Sobre ella se abre en el centro una ventana redonda, concluyendo el todo con un cuerpecito formado por tres ventanas y coronado por un antepecho de labores caladas y sumamente sencillas. Un torreón de la misma forma que el primer cuerpo del campanario levántase pegado á la izquierda de la fachada, y llega poco más ó menos hasta el remate del segundo de esta. Es en verdad extraño, sino pintoresco, el efecto que produce ese conjunto contemplado desde el pié de la escalera sobre la cual está construido. Una torre gótica y elevada mira á sus piés con indiferencia al sencillo frontis greco-romano, á cuyo lado ostenta un torreón sus almenas. La portada apenas se atreve á explayarse encogida entre aquellas dos espesas moles, y á no sonar en lo alto el eco de las campanas, y si no penetrara en los aires la esbelta pirámide, creyérase ver la entrada de una fortaleza empinada en la cima de una peña: tan brusca y áspera es la eminencia que ocupa aquella obra, y tan sombrías las paredes que la circundan.

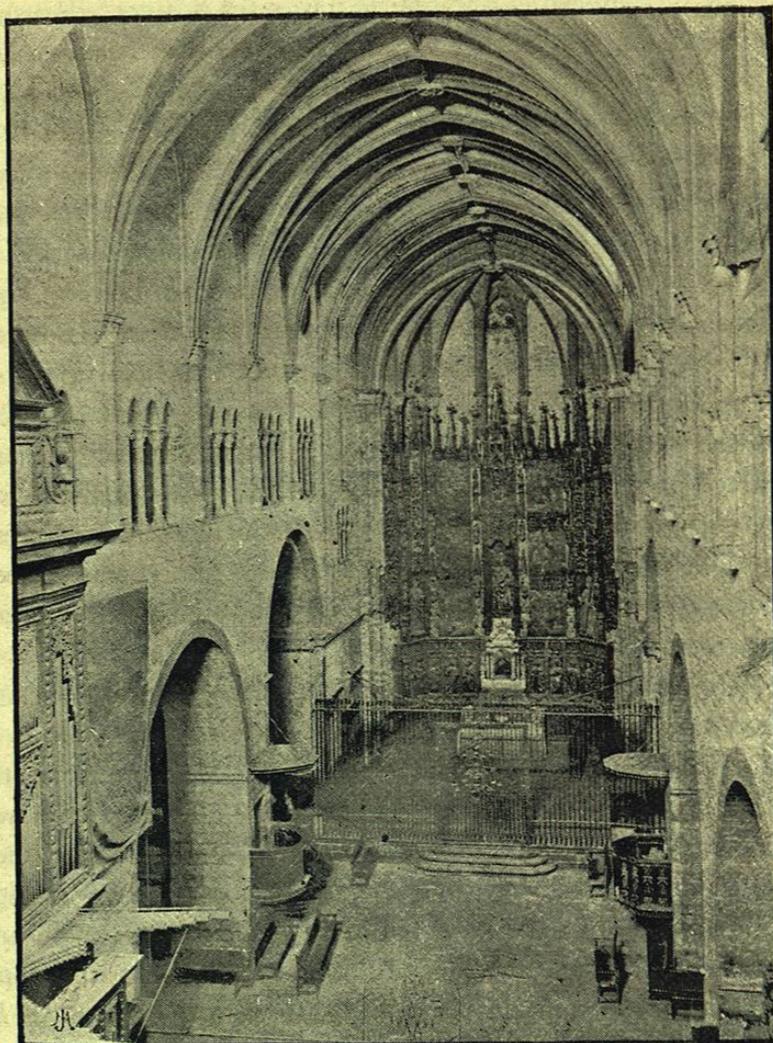
Es San Félix una iglesia, que sorprende con su aspecto bár-

(1) *Actas capitulares de la Santa Iglesia de Gerona.*



CATALUÑA

BIBLIOTECA



GERONA.—INTERIOR DE SAN FÉLIX

baro al que por primera vez entra en su recinto. Constitúyela principalmente una nave bastante alta y cuya bóveda es de estilo gótico, mas no nos atrevemos á calificarla de tres, pues no sabemos si merecen el nombre de naves los dos corredores que se extienden á sus lados y en los cuales se abren las capillas. En todo el templo nótese una mezcla extraña que sólo puede explicar la historia de la misma fábrica y las vicisitudes de los siglos. Arcos semicirculares, bajos, toscos y sin adorno ni moldura de ninguna especie dan paso de la nave á los mencionados corredores, y cierto no les van en zaga en pesadez informe los pilares en que se apoyan, si es que tales pueden llamarse aquellas masas bárbaras y desnudas, mayormente atendida la idea que lleva consigo el nombre de pilares en toda descripción de un templo de la Edad media. Pegada á cada uno de ellos levántase una delgada columna de gusto bizantino, y encima carga la bóveda cuyos arcos ojivales contrastan particularmente con la pesadez de la parte baja de la pared. Corre en toda esta una galería de arcos en semicírculo, y sus pequeños pilares carecen de aquella gracia y aire que caracteriza á los ánditos de la mayor parte de construcciones.

Así por una rara mezcla tiene este templo la planta bizantina con su pequeño crucero, su ábside, y sus oscuros y bajos corredores á los lados, con masas informes por pilares, más toscos que cuanto puede ofrecer el verdadero género bizantino ó sajón, y cuyo carácter conserva algo de lo sombrío y por decirlo así subterráneo de las catacumbas. Mas esa misma amalgama infunde al alma sagrado temor, y nos impone con su antigüedad y extremada sencillez. Allí vemos simbolizados los primeros pasos de nuestra religión; sobre la arquitectura de las criptas levántase la bizantina, y por encima de esta asoma libre, ufana y airosa la gótica, del mismo modo que el cristianismo fué en sus principios una religión de iniciados á quien prestaron asilo los cementerios subterráneos, hasta que la voz de los emperadores mandó plantar la humilde cruz en las soberbias basi-

licas romanas, erigiéndose por todas partes, ya con restos de estas, ya con groseras y adulteradas imitaciones, iglesias que proclamaban el nombre de Cristo, y que á su vez cedieron la plaza á la arquitectura gótica, obra de aquellos siglos de amor, de poesía y de fe, que reunieron en obsequio y alabanza de Dios cuanto más puro, ideal, espiritual y magnífico pudo concebir su fe, su amor y su poesía.

Merecen alguna atención las pinturas del altar mayor, al paso que descuellan en aquella obra la complicación y delicadeza de las esculturas, sobresaliendo en este particular los doseletes ó pináculos que cobijan las imágenes de la Virgen, que ocupa el centro de San Narciso y San Félix. El sepulcro de este santo, que se trasladó al altar de que hablamos por el mes de Julio de 1799, forma una grande urna de un gusto que ciertamente no se nota en las obras del siglo XIII, al cual se ha querido atribuir, y la parte que de él se ve contiene muchas figuras de relieve, casi todas con traje romano, cuyo significado pone á primera vista indeciso al más inteligente. Sin embargo, las acertadas observaciones de muchos sabios han ya demostrado que representan un acto de la vida del Santo, y efectivamente aquellas figuras borran la menor duda que pudiera concebir el crítico más escrupuloso (1). Á la derecha del que mira aparece en el extremo de aquella cara un pequeño altar romano en que arde ya la pira sagrada; delante de él varios personajes llevan víctimas, y algunas trípodes ocupan el suelo. Las figuras del centro llevan una especie de rollos en sus manos, y más á la izquierda vese un respetable varón asido por entrambos brazos por dos personas, á las cuales parece contestar con su firme ademán y aplicando la diestra sobre su corazón. Es San Félix, á quien pretenden obligar á que siguiendo el ejemplo de los demás, deponga su ofrenda en el altar de los dioses, instándole tal vez para que entregue sus libros santos, que deben ser arro-

(1) *España sagrada*, tomo 45, trata. 83, cap. IV., pág. 71.

jados á la hoguera que remata la parte izquierda de aquel monumento.

La venerable antigüedad romana dejó en aquel presbiterio dos bajo-relieves, que al mérito que por sí les da el transcurso de los siglos reúnen una feliz conservación y bastante regularidad en los ropajes. El que está al lado del evangelio, colocado á alguna altura en la pared entre la puerta de la sacristía y la reja que cierra el presbiterio, figura una cacería de leones, que en número de siete, dos machos y dos hembras con tres cachorros, luchan contra doce cazadores, siete á caballo y los cinco restantes á pié. En el otro relieve que está en la pared opuesta vese la noche, representada por Plutón y tirada por dos caballos, huyendo delante del coro de las Horas y las Gracias, que llevando Mercurio á su frente preceden á la Aurora.

Ninguna particularidad ofrecen las capillas de esta iglesia, y sólo la de San Narciso es acreedora á que le dediquemos algunas líneas en estos apuntes, mayormente cuando la alta y universal reputación que de excelente y acabada disfruta, no nos perdonaría tal vez que la pasásemos en silencio. Es toda moderna, y bastante arreglada aunque pertenece al siglo pasado (a). Consta de una nave de figura elíptica, con bóveda semicircular enriquecida con vistosas fajas de arabescos, mientras adornan las paredes cuatro pilastras de relieve de orden compuesto. Sigue á ésta un segundo cuerpo más pequeño, también elíptico, adornado con pilastras del mismo orden, y á su extremo sobre cinco gradas se ve el presbiterio. El altar está colocado debajo de un arco semicircular apeado en pilastras toscanas, y sobre pedestales que llegan á la misma altura de la mesa levántanse seis grandes columnas, cuyas bases y capiteles son de bronce. Remata en una especie de cúpula, si de tal puede calificarse la reunión de varias cercas con volutas que arrancando

(a) Puso la primera piedra el obispo D. Tomás de Lorenzana y Butrón en 14 de Abril de 1782.

sobre la cornisa de cada columna se encuentran en el centro. Adorna el sepulcro del santo su estatua arrodillada y en actitud de elevarse á la gloria, y á uno y otro lado acompañanla dos ángeles, de los cuales uno lleva el báculo y otro la mitra y la palma del martirio. Sin hablar del mérito que los inteligentes puedan reconocer en esta obra, sólo diremos que todo en ella respira riqueza, y que el conjunto de tantos relieves, trabajadas pilastras y arabescos, todo ejecutado en mármoles jaspeados y relucientes de varios colores, producen un efecto imponente y majestuoso que se armoniza perfectamente con la celebridad y general devoción de que goza el santo mártir, cuyos sagrados restos allí reposan (a).

Al pié de las gradas del presbiterio y arrimado á la pared vese un sencillo y severo sepulcro, cuyo exterior nada contiene que llame la atención del viajero. Sin embargo, al leer la inscripción latina que ocupa el frente de la base, sobre la cual erígesse fúnebre y desnuda la urna, un sentimiento de respeto invade todo nuestro sér, y con enternecimiento y no sin cierto orgullo, traemos á la memoria el valor y patriotismo de que nuestros padres hicieron alarde á los ojos de la Europa entera en una guerra todavía reciente (1). Yace allí D. Mariano Álvarez de Castro, benemérito militar que mandó en Gerona durante el célebre y sangriento sitio que en 1809 sufrió la plaza,

(a) La nave de esta capilla está pintada por Tramulles, y las imágenes de San Félix y San Invento (Trobat) y las de Santa Afra y Santa Hilaria que adornan la propia capilla, son obra de los artistas barceloneses D. José Mirabent y D. José Ribó, que las ejecutaron en 1858, al restaurar las antiguas pinturas.

(1) Dice así la inscripción:

*Squalidus hic jacet Alvarez nunc lumine prius
Idem qui fortis cum tulit arma fuit.
Hic vir, hic est heros, nullum moriturus in aevum,
Cui scelerata fides certa venena dedit.
Aeternum vivet nobis fastisque Gerundæ,
Cum jussu Regis tollitur ara pia.
Hoc numquam poterit tempus reticere sepulcro:
Fama memor saeculis non peritura canet.
MDCCCXVI...*

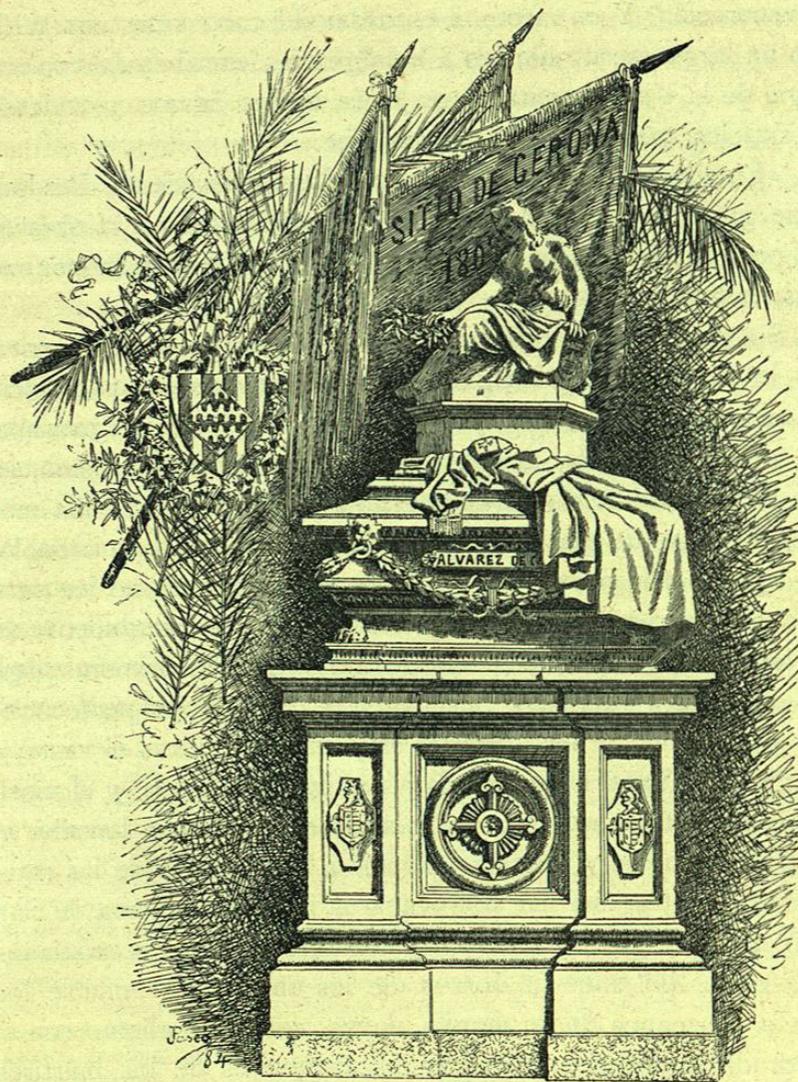
y que selló con su sangre el juramento que prestara á la patria. Séale leve la losa funeraria que lo cubre, y el que por sólo el honor del nombre español ciñó el acero y arrostró la muerte, descanse glorioso en su tumba sin que vaya á profanarla la moderna indiferencia que no comprendería sus virtudes (a).

Dos puertas laterales tiene este templo, tristes y negruzcas ambas, la una que mira al norte y la otra al mediodía. Tumbas cenicientas guarnecen los lados de sus entradas y cubren las paredes exteriores; pocas ó ninguna respiran la menor elegancia; están desparramadas y solitarias, sostenidas la mayor parte por dos informes cabezas de animales, que entre lo tosco y lo gastado aún conservan algunos rasgos de la fría estupidez que se nota regularmente en las figuras de irracionales que adornan monumentos tan antiguos; las urnas son sencillas y pesadas, y sobre el tono gris de la carcomida piedra delinéanse confusamente las inscripciones medio borradas como caracteres bárbaros y simbólicos:—lugar sublime y triste, apto para la meditación filosófica ó artística, mientras suavemente blanquea aquellas losas la luna, cuyos fríos rayos tantos siglos há se deslizan por su superficie jugueteando con los monstruos de piedra, y mientras el pesado aleteo del viento á ratos murmura á nuestros oídos palabras de pavor y de misterio!

El origen de esta iglesia se pierde en la oscuridad de los

(a) Los restos del invicto caudillo fueron trasladados el día 2 de Mayo de 1880, con solemne pompa, al monumento sepulcral, estilo del Renacimiento, que se erigió en la propia capilla, adosado á la curvatura que forma el lado derecho de la misma, mirando al altar. Lo constituyen un basamento rectangular, adornado con los escudos de Álvarez y coronas de laurel que encierran la fecha de 1809. Sustenta en la parte anterior una urna con la inscripción *Álvarez de Castro*, moldurada y festoneada, en cuya tapa aparecen las insignias del general. En la parte posterior hay un pedestal en el que se apoya una estatua simbolizando á Gerona ceñida la corona mural, teniendo en una mano el escudo de la ciudad y ofreciendo con la otra al héroe el laurel de la inmortalidad. La altura total es de 3 metros 70 centímetros. Esta bella obra, ejecutada en piedra caliza del país de color rojo amarillento y en mármol blanco de Carrara, fué proyectada por el arquitecto D. Martín Sureda, siendo debidas la urna y la estatua respectivamente, á los escultores D. Jerónimo Suñol y D. Juan Figueras, trabajando el resto del monumento D. Jaime Sala, lapidario de aquella ciudad.

CATALUÑA



GERONA.—SEPULCRO DE ÁLVAREZ